

Á. GARCÍA IBÁÑEZ, *L'Eucaristia, dono e mistero. Trattato storico-dogmatico sul mistero eucaristico*, Edizioni Università della Santa Croce («Sussidi di teologia»), Roma 2006, 692 pp., 17 x 24, ISBN 88-8333-116-8.

No cabe duda de que nos encontramos ante un trabajo serio y esforzado. Al partir de esta premisa, deseo poner de relieve que el detalle con que se tratan todas las cuestiones teológicas relacionadas con el misterio eucarístico, no se queda tan solo en la mera erudición exegética o histórica —ya notables en sí mismas—, sino que se ofrecen también allí algunas propuestas dogmáticas, que están no solo fundamentadas en la fe de toda la Iglesia, sino que también entran en diálogo con las principales corrientes actuales de la teología sacramentaria. Antes de proceder a la síntesis, García Ibáñez ha procedido a un conocer con detalle bastante de lo escrito con anterioridad sobre esta disciplina. Así, en primer lugar, llama la atención no sólo la parte escriturística (pp. 43-108), sino sobre todo el detalle y el detenimiento con que se aborda la parte histórica (pp. 109-459), mientras que la parte sistemática ocupa tan solo al final el resto de las páginas (pp. 463-665). A partir de esta simple comprobación se desprende que las propuestas dogmáticas que aparecen al final están apoyadas y matizadas con un estudio histórico bastante minucioso. La exégesis y la historia tendrán por tanto una gran importancia en la elaboración de esta teología eucarística, y me parece que esto ya puede ser considerado como un logro de este tratado.

La exposición de estas dos primeras partes —la exegética y la histórica— resulta bastante completa y pormenorizada, por lo que se podrían hacer numerosas sugerencias e incluso correcciones (debido más a la extensión que a una posible falta de precisión del texto, que desde luego no tiene), pero es indudable que tan sólo por el volumen de citas y referencias bibliográficas que allí se aportan, debe ser tenido ya en cuenta el trabajo realizado y aquí aportado. Allí aparecen numerosas alusiones no sólo a Padres de la Iglesia y teólogos de distintas épocas, sino también al magisterio de la Iglesia, expresado en papas y concilios, así como a algunas posturas alejadas de la fe católica y que han ido surgiendo a lo largo de los siglos. El resultado es un rico y minucioso panorama histórico, en el que se presta también gran atención a las épocas moderna y contemporánea. Por otra parte, resultan inevitables algunas repeticiones —sobre todo en la sección dogmática— que tan sólo se pueden justificar por el interés del autor en no fundamentar en ningún momento sus opiniones, reflexiones y conclusiones teológicas en el vacío, sino que, por el contrario, se pretende aportar referencias históricas que puedan servir de horizonte común para una más profunda comprensión del problema.

Resulta también interesante que, en esta extensa parte histórica, se hace un tratamiento unitario de los distintos temas (memorial, presencia, comunión) y no se desmembra este desarrollo de un modo temático. Esta opción metodológica presenta la ventaja de que se puede apreciar mejor la historia de la teología eucarística en su unidad, pero al mismo tiempo evidencia el inconveniente de que se requiere un cierto conocimiento dogmático previo sobre estas cuestiones para poder ser después capaces de advertir los necesarios matices conceptuales en la mencionada exposición histórica. Aunque no hemos de olvidar —por otra parte— que nos encontramos ante un *tratado* histórico-dogmático, y no ante un simple manual o un libro de iniciación a la teología sacramentaria. Por último, me parece interesante reseñar que el capítulo dedicado a los problemas y acuerdos en torno al diálogo ecuménico entre la Iglesia católica y las demás iglesias y comunidades eclesiales, resulta sintético pero a la vez claro y completo (pp. 426-461). Tal vez se podría actualizar con los últimos acuerdos y documentos publicados en fecha reciente, aunque estos todavía no son del todo conocidos. Tiempo al tiempo.

Esto en lo que se refiere a la parte histórica. Nos centraremos ahora más bien en la parte sistemática, pues es aquí donde el autor hace sus interesantes aportaciones personales, que no se limitan a una repetición de lugares comunes y cuestiones conocidas, sino que procura elaborar una síntesis personal y hacer una aportación propia, lo cual —ya en su intento— es algo digno de elogio, una vez más. En primer lugar, lo primero que llama la atención es que este tratado se estructura sólo en parte según los habituales temas en los tratados sobre la eucaristía: «la estructura del memorial del Señor» (pp. 463-516), «la realidad presente, con la que la Iglesia entra en comunión» (pp. 517-630) —en el que se unen lo referente a la presencia real y a la comunión eucarística— y «el poder salvífico de la eucaristía» (pp. 631-665). Encontramos pues ya aquí un primer rasgo de originalidad. En esta primera sección sobre el memorial del Señor, se alude de igual modo no sólo a los elementos esenciales (asamblea y sacerdote, pan y vino) y las partes de la celebración eucarística, tal como se suele hacer en los enfoques litúrgicos, sino que también se aborda una explicación —con bastante sensibilidad ecuménica, a mi modo de entender— de la constitución del signo sacramental en la eucaristía, donde se destaca la unidad dinámica de toda la plegaria eucarística y, por tanto, entre la epiclesis y las *verba Christi*. Se encuentra un acertado equilibrio entre las dimensiones sacrificial y convivial del misterio eucarístico, a la vez que también se alude allí (pp. 510-516) a la relación entre la eucaristía y el ministerio, por la relevancia que tiene la relación entre estos dos sacramentos instituidos en la última cena, y también por la importancia que tiene este tema en el diálogo ecuménico, pues aquí es

donde se evidencian de modo especial las diferencias dogmáticas que están todavía por ser superadas.

En la segunda sección de la parte teórica, como hemos mencionado ya, se aborda la cuestión de la presencia real, donde se intentan conciliar tanto la dimensión simbólica como la metabólica. Allí no sólo se hace una lúcida exposición sobre la doctrina de la transustanciación, sino que esta se complementa con otros modos de explicar la presencia de Jesucristo en la eucaristía, también en diálogo con algunas propuestas actuales. Me parece que aquí se alcanza un loable equilibrio entre distintas tendencias, que a algunos podría parecer demasiado arriesgado, pero que el autor afronta —en mi opinión— con buen pulso y claridad de ideas. Pongamos tan sólo un ejemplo. «En el pasado —se escribe allí—, cuando se expresaba la especificidad de la presencia eucarística de Cristo, se subrayaba la presencia sustancial de su cuerpo y de su sangre bajo las especies del pan y del vino. En nuestros días se insiste sobre todo en la presencia personal del Señor en la Eucaristía, tratando de evitar así una interpretación cosificante de la presencia eucarística, y tomando en consideración la perspectiva personalista desarrollada por la teología contemporánea. Sin embargo, contraponer polémicamente la categoría de presencia personal a la de presencia corporal-sustancial, hasta el punto de negar a esta última la capacidad de expresar el misterio de la presencia eucarística, no tiene sentido: la presencia personal puede expresar el mismo concepto de presencia sustancial definido por el concilio de Trento, con la condición de que la presencia personal precise su contenido en términos ontológicos (como la presencia personal del ser de Cristo), más allá de la simple funcionalidad (significado y valor de los signos) derivada de la misma experiencia fenomenológica, y que, por tanto, se reconozca la realidad de la presencia eucarística también fuera del momento celebrativo, sin limitarlo al encuentro interpersonal» (pp. 357-358).

En mi opinión, nos encontramos aquí frente a una equilibrada, crítica y compensada respuesta a las propuestas actuales sobre la transfinalización y la transignificación, a la vez que se actualiza el valor de la doctrina de la transustanciación como una expresión de la presencia fuerte y ontológica de Jesucristo en las especies sacramentales. Se explica allí del siguiente modo: «Es necesario por tanto reconocer que la transustanciación tiene una precedencia ontológica sobre la transignificación y sobre la transfinalización de los elementos eucarísticos. Estos conceptos no son alternativos a los de transustanciación; son complementarios: por sí solos no bastan para expresar toda la profundidad de la conversión y la especificidad de la nueva realidad, ya que entre el Cristo presente en la eucaristía y entre el Cristo crucificado, resucitado y ascendido al cielo, existe una identidad sustancial absoluta» (p. 602). De este modo, se en-

cuentra aquí una asunción lúcida y crítica de los intentos que se han realizado en días recientes para explicar la presencia real y sacramental de Jesucristo, a la vez que se mantiene la vigencia y la fuerza de la presencia ontológica del mismo Jesucristo en el pan y en el vino eucaristizados. Un intento que ha de ser valorado con respeto y con estudios posteriores, para que no se pierda el equilibrio aquí intentado y propuesto.

En la última sección, titulada «la potencia salvífica de la eucaristía», se alude sobre todo a los efectos de la eucaristía. Aparte de lo que se suele decir al respecto de modo habitual, se realiza allí una exposición de las relaciones entre la celebración de la eucaristía y la de la penitencia. De este modo se advierte no sólo la íntima unión de todos los sacramentos entre sí, sino que además se aborda de modo crítico la cuestión suscitada por la teología de origen reformado de la eucaristía dirigida a la remisión de los pecados (cfr. pp. 631-639). Tras esto se realiza también una parte más relacionada tanto con la teología trinitaria como con la espiritualidad (en consonancia esta vez con los desarrollos propios de la liturgia y la teología orientales), en los que se presenta al mayor de los sacramentos en relación con la «vida en Cristo» y como «don del Espíritu», y que por otro lado ya son de uso común en los textos de la teología y el magisterio católicos. De gran actualidad resulta también la exposición de la teología eucarística (pp. 648-659), a la vez que se vuelve a mencionar aquí la relación existente entre la eucaristía y el ministerio, que a veces se presenta como un punto de conflicto en este enfoque eclesiológico. El resultado vuelve a ser —a nuestro modo de entender— completo y equilibrado. El panorama que se ofrece en el presente estudio vuelve a ser abarcante y en diálogo con otras propuestas, y esperamos que siga adelante en los próximos años. Saludamos por tanto con alegría esta novedad editorial en la teología sacramentaria (ahora que esta disciplina está adquiriendo el protagonismo que le corresponde), a la vez que deseamos que pronto se ofrezca también una versión castellana de este sintético y completo tratado.

Pablo BLANCO

J. CASTELLANO CERVERA, *Liturgia y vida espiritual. Teología, celebración, experiencia*, Centre de Pastoral Litúrgica, Barcelona 2006, 349 pp., 15 x 21, ISBN 84-9805-094-4.

*Fac ut sacramentum vivendo teneant quod fide perceperunt*, reza la oración colecta para los neófitos del lunes de la Semana Pascua. Estas palabras expresan de un modo admirable la íntima conexión que existe entre la recepción de la